Entrevista con José Luis Aranguren

Jean-Jacques Lafaye

En 1992, José Luis L. Aranguren me respondió a un cuestionario escrito sobre «Ética y política» dirigido a un número de personalidades internacionales. El 28 de diciembre de 1993, realizamos una larga entrevista hispano-francesa en su despacho madrileño de la calle Fortuny.

En 1994, me ofreció generosamente un Prólogo para mi biografía de Stefan Zweig (*Nostalgias europeas*, Juventud, Barcelona, 1995). Esta entrevista, cuyos extractos siguen, quedó inédita hasta hoy.

—Todos nos acercamos a la libertad, sea para defenderla o para empujarla más allá. La España de hoy ya no es la de ayer, la del tiempo de su juventud. Por ejemplo, el mundo de la universidad.

—Para mí el mundo de la universidad fue sumamente importante porque yo venía de un mundo completamente distinto. Yo me quedé sin madre muy pequeño, a los cuatro años, viví con mis abuelos maternos en el País Vasco, en San Sebastián sobre todo, pero luego cuando tuve que formalizar mis estudios, mi padre me internó en un colegio de jesuitas, así que pasé bastante bruscamente desde un colegio de jesuitas a una universidad que era excelente para la época. En el colegio yo fui un chico muy estudioso, muy bueno, «empollón», y tenía todas las dignidades, tanto las civiles (de estudios) como las religiosas, es decir que fui príncipe y prefecto de la congregación, fui emperador, y además reconozco que suavemente, de una manera nada violenta, se me invitó a que entrase en la Compañía de Jesús, pero no lo hice.

—¿Cómo fue que no lo hizo, por qué dijo que no?

—Empezaba ya a darme cuenta de que mi vida no iba por estos derroteros, que estos derroteros me habían sido más bien impuestos, familiar y colegialmente. Entonces, después de esa primera etapa de estudiosísimo y de chico buenísimo, tuve una segunda etapa de lo que entonces se llamaba un «niño bien», incluso un «niño pera». Mi padre era una persona no intelectual, en la familia el primer intelectual he sido yo. Pero en cambio era

una persona acomodada, pertenecía a la «nueva burguesía», esa burguesía de comienzos del siglo XX. Es curioso, tanto mi padre como mi madre procedían de esas nuevas burguesías. Mi padre, de una burguesía más bien de negocios y mi madre de una burguesía, como la vasca, que era más bien industrial. Tenían una fábrica de harinas sumamente importante. No me faltaban de ninguna manera recursos económicos, y como mi padre me quería mucho, y además estaba muy contento de lo estudioso que había sido, inmediatamente cuando cumplí la edad reglamentaria, a los dieciocho años, me compró un coche, cosa que en aquella época era extraordinario. Entonces tuve una segunda época de «niño bien». Primero estudié la carrera de derecho. En principio tenía que haber sido (es curioso) ingeniero de caminos, que es la carrera con mayor prestigio social y económico, y la más difícil de conseguir. Pero felizmente en el verano caí enfermo con unas fiebres tifoideas, que entonces agotaban mucho, y perdí el curso. Hasta bien entrado noviembre no pude hacer una vida normal y ya era demasiado tarde. Por eso me enviaron a Francia y así es como aprendí francés. Cuando volví ya estaba decidido a no ser ingeniero de caminos. Pero como mi familia, repito, no era una familia intelectual, yo ni siquiera tenía idea de que se podía estudiar nada menos que en una Facultad de Filosofía y Letras. Por eso estudié derecho. Ahora bien, en esta época la carrera de derecho tenía un preparatorio común con filosofía y letras. Así descubrí la posibilidad de la filosofía, y planteé en mi casa el deseo de estudiarla, pero mi padre me dijo: «Mira, como tú eres tan estudioso, estudia primero derecho y luego si quieres, estudia filosofía; y esto es lo que hice. Así que tuve profesores de derecho excelentes, como Posada y Jiménez de Asúa, personas eminentísimas en la época. Y cuando terminé derecho y empecé filosofía, la facultad era absolutamente orteguiana, de modo que el nombre de Ortega fue absolutamente decisivo para mí. Ortega y los seguidores de Ortega, García Morente, Zubiri, que fue muy amigo mío, Gaos. Conservo un recuerdo inmejorable tanto de la facultad de derecho, que me interesaba menos, como de la facultad de filosofía. No ha vuelto a haber en España universidades como aquéllas.

—Hoy se han desarrollado mucho los estudios de toda clase, pero el sentimiento de lo que puede ser una universidad, el templo del saber, este tipo de conceptos ideales están muy pasados. ¿Le parece que se puede desarrollar un espíritu claro en un marco tan desintegrado como se ve en nuestra época?

—En Francia, como consecuencia de la Revolución Francesa y del ascenso al poder de la llamada burguesía durante la época napoleónica, lle-

varon a cabo la reforma de los estudios y crearon el título de bachiller. Hoy la universidad se ha convertido en una especie de super-bachillerato, la continuación del liceo para gentes que no van a dar más de sí, pero en fin ya se considera que sí, que cuanta mayor dificultad tiene la gente para encontrar un trabajo, lo mejor es que estudie. De modo que lo que para mí fue la universidad hoy se refugiaría en el Tercer Ciclo, es decir, el título de PHD, el doctorado. Yo había sido educado en un colegio de jesuitas con un rigor tremendo y entonces la universidad para mí fue liberadora...

—¿Cómo explica que algunos pensadores españoles parezcan tan influidos por pensadores europeos, sin que la recíproca se haya producido con tanta fuerza?

—España ha sido un país, desde el punto de vista intelectual, más bien modesto. Es solamente a partir de Ortega y de algunos otros cuando se quiere abrir la puerta a Europa. Es el movimiento de europeización de España, y naturalmente Ortega es decisivo, de modo que no tiene nada de particular que España, que no tenía nada que ofrecer, lo que haga es recibir la influencia francesa. Una buena prueba de ello y de cómo han cambiado las cosas hasta cierto punto, es que todos mis hijos, y tengo seis, han pasado por lo menos un año en Francia. Hacíamos intercambio de hijos con profesores amigos. Con mis nietos, que tengo nueve, algunos todavía muy pequeños, está ocurriendo que sus padres los envían a Estados Unidos. Hubo un periodo intermedio en el cual a los chicos se les enviaba a Irlanda, porque era católica, y así aprendían el inglés. Ahora ya no es tan claro el intercambio con familias de profesores, sino que ya hay organizaciones que se ocupan de llevar a los chicos para esa preparación que vale para el último año del bachillerato español (COU). De modo que hemos pasado de una influencia netamente francesa a una influencia netamente norteamericana, por lo que se refiere a las clases medias, porque siempre hubo, ya desde la época de Ortega, también una minoría de españoles que fueron enviados a Alemania por el prestigio de la filosofía alemana.

—Políticamente, usted ha visto todas las Españas. ¿Le parece que todos estos momentos han sido expresiones de una misma «personalidad española» o ha habido rupturas que se consideren profundas, definitivas?

—He vivido en la monarquía de Alfonso XIII, y después todos los regímenes sucesivos. Yo diría que sí, que hubo una fecha decisiva que fue la de 1931, la instauración de la República. Yo creo que esa fue una época muy

decisiva, en la que se entendió que ya la época de la monarquía había pasado y que era menester establecer la República; y la verdad es que la República fue recibida con gran entusiasmo, pero no solamente por las clases modestas, sino incluso por las clases acomodadas. Me acuerdo de que a mi padre le pareció bien, le pareció que la República era un progreso.

—Usted ¿cómo vivió este momento, cómo lo sintió, dónde estaba?

—En la República me sentí absolutamente feliz; además la época de la República coincidió con mis estudios de filosofía, y todos estos profesores eran republicanos, relativamente moderados... Cuando advino el levantamiento franquista, Ortega se marchó enseguida a Francia. A mí me sorprendió la guerra en San Sebastián, y se vio claramente que San Sebastián iba a ser ocupado por las tropas franquistas, que vinieron con cierta lentitud, entrando por Irún, por la frontera francesa. Ocurrió en mi familia una gran división, porque en mi familia materna eran todos o bien republicanos o bien nacionalistas vascos, y tanto unos como otros se exiliaron a América. De modo que entonces a mí se me presentó no diré que el dilema sino el trilema, porque mi padre, que era muy comprensivo, me dijo: «Mira, tú ya ves lo que va a ocurrir, las tropas franquistas van a intervenir, tú ya sabes que yo no soy político, pero soy más bien conservador, yo me voy a quedar aquí; tú sabes que tu hermano también (el único que yo tenía, que era menor que yo, era tremendamente derechista, y tan pronto como las tropas entraron se inscribió en el requeté y al día siguiente se fue al frente). Bueno, pues si tú quieres, puedes quedarte aquí conmigo o puedes esperar a que te movilicen, porque llegará un día en que te movilizarán, haz lo que quieras; si prefieres irte con tu familia y seguir en la zona republicana, pues me parece muy bien (ellos estaban empeñados en que me fuese a Bilbao), pero si quieres irte a Francia, también puede ser, yo comprendo que a lo mejor es lo que tú prefieres, porque, claro, Ortega es tu maestro, y Ortega lo que ha hecho es esto, marcharse porque no quiere estar ni con unos ni con otros; entonces tú, si quieres, puedes irte. Dificultades lingüísticas no vas a tener, dificultades económicas yo te las resuelvo (porque él tenía negocios, tenía una casa de banca). Así que tú puedes elegir lo que quieras de las tres cosas». Elegí quedarme con él. Pero no estuve apenas en el frente, me movilizaron pero enseguida enfermé, estuve en el frente sólo un mes. Por eso cuando me sometieron después a un expediente en 1965, cuando me separaron de la cátedra por mi antifranquismo, el juez del expediente me dijo: «¿Cómo usted, estando en la guerra y teniendo dos títulos universitarios, el de derecho y el de filosofía, no se hizo alférez privisio-

nal?». Yo le dije: «Porque no quería derramar ni una gota de sangre de mis compatriotas. En el frente, en artillería, fui conductor del coche de la batería, como no atropellé a nadie, estoy completamente seguro de que no maté a ningún compatriota. A los cañones no me acerqué nunca para nada».

—Pero entonces ¿la carrera intelectual se presentó como una carrera peligrosa, en cierto modo, por sus opciones?

—Por mis opciones diríamos de izquierdas, sí. Pero por otra parte como yo no me ausenté del país, pues no tuve complicación ninguna. Además, los médicos, de los que yo tengo una pésima opinión, al terminarse la guerra se empeñaron en diagnosticarme una tuberculosis, porque sufrí un pequeño vómito de sangre, y me tuvieron dos años, no diré que en un sanatorio, sino en una finca que teníamos al lado de Ávila, que era como un sanatorio. Allí estudié muchísimo, y cuando ya por fin se reconoció que no tenía ni había tenido nada de tuberculosis, me incorporé a la vida intelectual porque se convocó un premio sobre la filosofía de Eugenio d'Ors, el rival de Ortega, el Ortega de Cataluña. Lo gané, fue mi primer libro y me incorporé ya a la vida intelectual. Luego, en una época en la que fue ministro Ruiz Jiménez –que ha sido siempre más abierto que cualquier otro ministro franquista–, y rector de la Universidad Complutense de Madrid, Pedro Laín Entralgo, que era ya gran amigo mío, me presenté a la cátedra de ética de García Morente, que estaba vacante desde su muerte. Había entonces un grupo de intelectuales que no eran antifranquistas pero que tampoco eran completamente franquistas, y que son los que yo he llamado el «franquismo liberal», una expresión que yo he inventado. Entre ellos, y a su cabeza, estaba Pedro Laín Entralgo, por eso lo hicieron rector. El propio Ruiz Jiménez también estaba en esa misma línea. El papel del falangismo liberal ha sido muy importante para abrir las puertas a los que no teníamos nada de falangistas.

—Me sorprendió cuando habló un día de la «revolución franquista», porque para mi generación el franquismo parecía ser el conservadurismo extremo. ¿En qué medida se podría hablar de esta revolución?

—No, la expresión revolución no está bien empleada. Porque era contra el régimen establecido, que era la república, una rebelión que pretendió la instauración del franquismo, no de la monarquía. Un régimen que ha sobrevivido a la descolonización, a la caída del régimen nazifascista, y murió con la muerte de Franco.

—¿Se puede atribuir esta longevidad política únicamente a la dureza del sistema o es que ha habido otros elementos que le permitieron sobrevivir tanto tiempo?

—Habría que distinguir dos etapas en el franquismo. Hubo una primera etapa, que fue absolutamente franquista, en el sentido de militarista; después hubo una segunda etapa en la cual quiso ya abrirse de algún modo, pero abrirse muy hacia la derecha. Fue la época en que entraron en distintos ministerios unas personas pertenecientes al Opus Dei, que fue muy importante para esa transición. Yo soy enemigo del Opus Dei, que fue muy importante para esa transición. Yo soy enemigo del Opus Dei. He sido el primero que ha escrito en contra del famoso libro *Camino*, cuyo autor es el fundador del Opus Dei. No me lo publicaron en ningún sitio porque no se atrevieron. Lo publiqué en Francia, en una revista católica independiente: *Esprit*, que ya no es lo que era: en mi época era una revista muy abierta, de izquierda pero católica.

—¿Se puede recordar hoy lo que fue la influencia del Opus Dei en España, y de qué manera se manifestaba?

—Tenían tres o cuatro ministerios, un gran poder. Hubo una época en la cual el franquismo era completamente del Opus Dei. Luego hubo una tercera época de una cierta transición, cuando ya se veía que las cosas iban mal, pero todavía la figura de Franco era respetada hasta cierto punto por mucha gente.

—¿Qué cualidades le hubiera reconocido a Franco?

—Sólo quizás las de militar, pero nada más.

—Cierta gente atribuye al franquismo la resurrección española de los últimos veinte años, la democracia incluso, como si él hubiera preparado el país para una futura apertura, en condiciones de seguir adelante, por medio de un desarrollo magnífico, ¿cuál es su comentario?

—Esto se debe sobre todo a lo que comenté anteriormente, es decir a ese grupo fundamentalmente de intelectuales al que yo he llamado el «falangismo liberal»; ese grupo ha sido decisivo. Por ejemplo, revistas como *Escorial* y *Cuadernos Hispanoamericanos*, han sido absolutamente decisivas. En ésta última apareció en 1952 el primer artículo que se escribió

sobre los exiliados españoles. *Cuadernos Hispanoamericanos* se refería a Hispanoamérica y por tanto no estaba sometida al Ministerio del Interior, sino al Ministerio de Asuntos Exteriores. Cuando el ministro de Información y Turismo se enteró de que ese artículo iba a ser publicado, me llamó muy afectuosamente y fui al ministerio. Me pidió que retirara el artículo. Yo le dije: «Habla con el Ministro de Asuntos Exteriores y dile que lo prohíba». Así se terminó la conversación y yo me marché. No sé si no estaban de acuerdo ambos ministros; el artículo salió.

—Este artículo sobre los exilados ¿fue hecho con el espíritu de acercarse a ellos?

—Sí, era para decirles que existían y que era importante la comunicación entre ellos y nosotros. Y me escribieron montones de ellos. Además ese artículo se publicó de nuevo en la revista *Cuadernos Americanos*, de México. Hubo luego otro artículo de respuesta y se estableció un diálogo. Pero todo eso en definitiva ha sido posible gracias a este grupo de los que yo estoy llamando «falangistas liberales» y que luego se hicieron claramente de izquierda; de izquierda moderada, ciertamente.

—¿Cómo podía haber tantos franquistas con buena conciencia?

—No es fácil de entender. En gran parte era fomentado por el miedo a que otra vez volviese la república, y toda la derecha española era absolutamente antirrepublicana. La república amenazaba, o creían ellos que amenazaba, sus intereses económicos.

—La «España de la fe» parece un argumento un poco teatral, puede existir en un momento una movilización moral, pero los valores teóricos no pueden constituir una base de solidaridad política duradera...

—No, es verdad. Bueno, pues durante la república, durante todo el tiempo antes de la guerra que desencadenó el franquismo en contra de ella, la Iglesia tenía gran libertad, y la gente podía ir a misa todos los domingos y fiestas. Una vez estallada la guerra, hay una reacción, y las iglesias son cerradas en la mayor parte de la zona todavía republicana. No en el País Vasco, porque siempre ha sido muy religioso.

—Acaba de publicar un libro sobre Ávila. Es un poco sorprendente ver su nombre asociado con Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz, un poeta extraordinario de la fe.

—La editorial Planeta tiene una colección de ciudades ilustres, y me propuso hacer el volumen sobre Ávila porque soy abulense y he escrito varios ensayos sobre San Juan de la Cruz. Él me interesó mucho. Santa Teresa, menos.

—¿Cuál es la herencia de los místicos, lo que nos siguen aportando, a usted en particular?

—Cuando me preguntan los periodistas si soy católico, suelo decir: Soy un cristiano heterodoxo, que no significa herejía, porque *Doxa* en griego significa opinión. La mía es completamente diferente de la del Vaticano, pero no herética, sino simplemente distinta. Siempre me ha interesado mucho por tanto el pensamiento cristiano en general, y el pensamiento místico con mayor razón. San Juan de la Cruz me interesó mucho; Santa Teresa menos.

—Si se evoca «su responsabilidad» ¿en qué piensa usted?

—Creo en la «responsabilidad» de cada uno de nosotros: debemos «responder» de nuestros actos, del «quehacer» de nuestra vida. Somos libres o, cuando menos, creemos y sentimos ser libres. El determinismo como, por otra parte, el idealismo metafísico, pueden ser «pensados» pero no vividos. A la hora de la realidad, todos vivimos «como si» el ser existiera y «como si» fuéramos libres. No hay escapatoria.